

Como burlar la cuarentena.

La persistente actitud de mostrar estadísticas nos está llevando a un conflicto entre quienes estamos haciendo caso a las normas preventivas con aquellos que, jugando a la del “choro chileno” y creyendo que nada les va a pasar, encuentran cualquier mecanismo para burlar la cuarentena.

Magallanes con la mayor tasa de contagios por habitantes aún permite que circulen por las calles miles de autos todos los días, mientras decenas de miles de personas piden salvoconductos para hacer trámites. La fragilidad del sistema de la comisaría virtual ha abierto la puerta a cuanta gente quiera andar circulando, visitando familias, yendo a supermercados, etc.

Ha sido tan fácil esto, como ver grupos completos que piden salvoconductos, salen de sus casas eludiendo la conocida ubicación de los puestos de control, obtienen licencias virtuales y luego presenciales, o usan impunemente unas que no necesitan, que constituye una burla a todo el sistema y especialmente a los conciudadanos que desean que esto termine pronto para volver a la normalidad.

¿De qué sirve el puesto de control si no puede retener u ordenar volver a sus domicilios a aquellos que trasgreden o mal utilizan estas herramientas? Sería bueno que, aparte de los puestos de control ya conocidos y que son fáciles de eludir, existieran otros de mayor flexibilidad. Está claro que a los chilenos nos gusta el juego del gato y el ratón. Es adrenalínico. ¿Quién será el más ladino, el más osado o el más choro? Está en nuestra idiosincrasia trasgredir en lo más mínimo por lo que no puede hacerse la manga tan ancha.

Los que estamos preocupados de verdad de esto no podemos permitir a los que no les importa nada y que lo arriesgan todo a seguir con este afán. Los números son importantes, pero lo es más el rostro del que sufre para que, de una vez por todas, aquellos que se creen superiores, que no pueden soportar quedarse en sus casas, que no pueden desarrollar una vida familiar adecuada, sepan quien padece, quien sufre por no poder respirar y quien muere. Que “el niño quiere jugar”, que “quiero ver a mis padres”, que “he perdido clientes”, que “el perro...”, “mi parcela...”, “me he sentido bien...” y tantas otras excusas sean realmente meditadas para no jugar con la suerte. Es hora de enseñar a los niños las razones de obedecer las órdenes de la autoridad. La displicencia y falta de empatía debe ser relegado de nuestras conciencias si queremos tener un mundo mejor, que se basa en que nosotros seamos un poco mejor.